

Un Siervo en la Adversidad

Jerry Rushford



No hay nada en el camino de la vida que revele con tanta precisión el carácter de un hombre o una mujer como la forma en que se enfrenta a la adversidad. La adversidad es una experiencia que todos tenemos en común.

Recorre los siglos como un cordón carmesí, atando a toda la humanidad en un solo manojo. No respeta raza, color ni posición social. Trata a la persona de fe de la misma manera que a la persona sin fe.

Con frecuencia, el Cristiano es más fuerte en tiempos de adversidad que en tiempos de paz. “porque cuando soy débil,”, escribe Pablo, “entonces soy fuerte” (2 Cor.12:10).

Este es uno de los aspectos del mensaje Cristiano que a la gente le resulta muy difícil de comprender. Admitir la debilidad, desde la perspectiva del mundo, es lo peor que se puede hacer. Pero desde la perspectiva de la fe Cristiana, es lo primero que hay que hacer. Es como si la fortaleza de Dios no pudiera ser

nuestra mientras carezcamos de un sentido de nuestra necesidad de ella.

Pablo habla de su propia experiencia. Mientras se esforzó bajo la ilusión de que sus propias fuerzas eran suficientes, pasó del fracaso a la desesperación. La visión en el camino a Damasco disolvió su confianza en su propia fuerza. Ese fue el comienzo de su salvación.

“Y tal es la confianza tenemos mediante Cristo para con Dios”, dijo Pablo a los Corintios. “no que seamos competentes (“suficientes” –Biblia de las Américas) por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Cor.3:4-5). La fortaleza del siervo Cristiano no reside en sus propios recursos, sino en su confianza en la fidelidad inmutable de Dios.

Hay fe en la bondad de Dios cuando contemplamos las bendiciones que nos han sido derramadas. Hay la misma fe en la bondad de Dios cuando caen las sombras y *no*

vemos bendiciones. Hay fe cuando contemplamos el rostro diminuto de un recién nacido.

Existe la misma fe cuando contemplamos la figura inmóvil de alguien a quien amamos profundamente. En palabras de John Greenleaf Whittier:

Sin embargo, en el laberinto desconcertante de las cosas, y sacudido por la tormenta y la inundación, mi espíritu aferra a una sola cosa:

¡Sé que Dios es bueno!
Ocultar nuestra debilidad es un fracaso. Pretender un poder que no tenemos es una tragedia. Pero enfrentar nuestra debilidad y entregársela a Dios es encontrar una fuerza que desconocíamos.

¡Cuántos libros magníficos, por ejemplo, se han escrito en prisión! Pablo escribió su epístola a los Filipenses en prisión, Samuel Rutherford y Dietrich Bonhoeffer escribieron sus famosas cartas en confinamiento, y John Bunyan escribió *El Progreso del Peregrino* en la cárcel de Bedford.

La verdad de la visión de Pablo sobre la fuerza y la debilidad también es evidente en la historia de nuestros himnos. Muchos de los himnos que transmiten gran fortaleza a los fieles fueron escritos en tiempos oscuros y difíciles, cuando sus autores se enfrentaban a las grandes dificultades. Esto es verdad de las siguientes líneas compuestas por Charles Wesley en 1739:

Jesús, Amante de mi alma,
Déjame volar a tu seno

Mientras las aguas se acercan
Mientras la tempestad sigue
siendo fuerte;
Escóndeme, oh mi Salvador,
Escóndeme, hasta que pase la
tormenta de la vida;
Guíame a salvo al puerto, oh
recibe mi alma al fin.
No tengo otro refugio,
Mi alma indefensa depende de ti.
No me dejes, oh no me dejes solo,
Aún sostenme y consúélame;
Toda mi confianza esta puesta en
ti;
Toda mi ayuda proviene de tí;
cubre mi cabeza indefensa
Con la sombra de Tus alas.

Existen muchos relatos interesantes sobre el origen de este himno, pero lamentablemente ninguno puede probarse. Lo máximo que podemos afirmar es que fue escrito poco después de que el autor atravesara una gran crisis en su vida.

Con las Penas Surgiendo Alrededor

George y Elizabeth Prentiss disfrutaban de la vida radiante en el otoño de 1851. Sus hijos, Annie y Eddy, estaban sanos y felices, y un tercer hijo estaba en camino. Pero Eddy enfermó en Noviembre, y en Enero el pequeño de tres años falleció. Bessie nació tres meses después, pero al mes siguiente falleció repentinamente tras una enfermedad de pocas horas.

Una noche, al regresar del cementerio, Elizabeth habló de sus «indescriptibles anhelos de huir de un mundo que me ha traído tantas experiencias amargas». Cuando cuestionó la realidad del amor de Dios, George respondió con suavidad: «Pero es en momentos como estos que Dios nos ama aún más, así como

nosotros amamos más a nuestros hijos cuando estaban enfermos, afligidos o en apuros». Animó a su esposa a corresponder al amor de Dios.

Esa noche, en la quietud de su sala, Elizabeth Prentiss expresó su fe escribiendo esta oración:

¡Más amor por Ti, oh Cristo, más amor por Ti!
Escucha la oración que hago de rodillas;
Esta es mi ferviente súplica:
¡Más amor por Ti, oh Cristo, más amor por Ti, más amor por Ti!
Antes anhelaba la alegría terrenal,
buscaba paz y descanso;
Ahora solo a Ti te busco: dame lo mejor;
Esta será toda mi oración:
¡Más amor por Ti, oh Cristo, más amor por Ti!

Muchos años después, tras la muerte de su esposa, George Prentiss publicó unas memorias de su vida en las que comentaba su reacción ante las tragedias de 1852:

Aunque la muerte de estos dos hijos desgarró con angustia el corazón de la madre, no mostró dolor, y a los ojos del mundo su vida pronto pareció seguir como antes. Sin embargo, nunca volvió a ser exactamente la misma vida. Ella había entrado en la comunión del sufrimiento de Cristo, y la nueva experiencia operó un gran cambio en todo su ser.

Durante años mantenemos la calma en nuestro camino por la vida. Todo nos va bien, tan bien que lo damos todo por sentado: salud,

felicidad, trabajo, la capacidad de realizar nuestro trabajo. Y entonces, a veces con una rapidez espantosa, nos encontramos en aguas profundas y las penas nos envuelven como olas del mar.

Lo que necesitamos en momentos como este es un ancla del alma, segura y firme, algo a lo que podamos aferrarnos, algo que nos sostenga firmemente y no nos deje ir ni nos defraude, algo estable, confiable, con cimientos firmes e inamovibles (cf. Heb.6:17-18). La necesidad puede ser suplida. No estamos solos. Nunca estamos solos. "Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Rom.8:37).

Hace mucho tiempo, un hombre sabio y bueno dijo: "y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 Juan 5:4). Su creencia en Dios, lo que creía acerca de Él, le permitió superar toda circunstancia adversa y dominarla.

Otra gran alma, acostumbrada a los problemas, atormentada por una discapacidad paralizante y humillante a la que llamó "una espina en la carne", "un mensajero de Satanás", ofreció este testimonio: "que estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos." (2 Cor.4:8-9).

¡Cuán valientes son los hombres y mujeres que se forjan por la fe en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo! ¡Cuán fuertes, serenos y resueltos! La duda paraliza. Nos roba las energías, agota los recursos, nos desanima. En cambio, la fe vitaliza. Nos proporciona energía, aumenta los recursos, nos infunde ánimo.

Los siervos de Cristo dan testimonio de su fe en la estabilidad con la que viven las

circunstancias cambiantes que se les presentan. La vida transcurre a través de muchas situaciones cambiantes. Algunas apenas nos rozan, de modo que apenas nos damos cuenta de ellas. Otras nos desgarran de raíz y nos dejan varados como si un tornado nos hubiera

azotado el alma. Hoy es alegría. Mañana es tristeza. El cielo está gris; el mundo está muerto; y la tierra no trae más que dolor. Pero incluso ante tal adversidad, el siervo de Cristo sigue sirviendo.

Una tarde de Domingo de Agosto de 1875, mientras estaba de vacaciones en la ciudad de Harrogate, Inglaterra, Edward Bickersteth consoló a un pariente anciano que estaba atemorizado por la proximidad de la muerte. Al percibir la angustia del hombre, Bickersteth buscó la manera de ayudarlo. Tomó una hoja de papel de un escritorio cercano y rápidamente compuso un poema que le leyó al moribundo. El poema incluía estas reconfortantes líneas:

Paz, paz perfecta, ¿En este oscuro mundo de pecado?
La sangre de Jesús susurra paz en nuestro interior.
Paz, paz perfecta, ¿con este dolor surgiendo alrededor?
En el seno de Jesús solo se encuentra calma.
Paz, paz perfecta, ¿Con nuestro futuro es desconocido?
Conocemos a Jesús, y Él está en el trono.

La inusual forma de pregunta y respuesta que se daba a cada estrofa era impactante. Las preguntas planteaban una serie de desafíos a la fe del moribundo, y en cada caso Jesús fue la clave que resolvió el dilema.

Oh Santos Fieles, Renueven su Animo

La Segunda epístola a Timoteo es considerada por la mayoría como la última carta de Pablo. Fue concebida en medio de una feroz persecución y escrita en la oscuridad de un calabozo Romano. Es un documento conmovedor, escrito mientras el apóstol esperaba su ejecución.

Desconocemos los cargos por los que Pablo fue arrestado, pero es evidente que no esperaba ser liberado. Fue confinado y encadenado como un criminal. Era peligroso para sus hermanos Cristianos identificarse con él públicamente, y muchos le dieron la espalda aterrizados.

Pero Pablo era consciente de que este rescate era temporal. "Porque yo ya estoy para ser sacrificado", le informó a Timoteo, "y el tiempo de mi partida está cercano" (2 Tim.4:6). Al acercarse al final de su notable carrera, Pablo se encontraba prácticamente privado de la comunión Cristiana. Solo Lucas había permanecido con él. Demas, uno de sus compañeros de confianza, lo había abandonado cuando más lo necesitaba. Y el apóstol se sintió destrozado al oír que "me abandonaron todos los que están en Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes" (2 Tim.1:15). Había contado con que su leal devoción continuaría hasta el final.

En marcado contraste con estos desertores se encontraba el valiente ejemplo de un Cristiano de Éfeso que lo visitaba. Pablo, lleno de gratitud y oración, le contó a Timoteo sobre el inquebrantable servicio y la amistad de Onesíforo. "Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo", escribió, "porque nucas veces me confortó, y no avergonzó de mis cadenas, sino que cuando estuve en Roma me

buscó solícitamente y me halló" (2 Tim.1:16-17).

Onesíforo había invertido grandes esfuerzos en localizar a Pablo. Habría sido fácil poner excusas para no verlo. Buscar abiertamente a Pablo era atraer la atención de los mismos funcionarios responsables de la política de Nerón de perseguir a los Cristianos. Sin embargo, Onesíforo persistió en su búsqueda. Debió ser un momento hermoso cuando el anciano apóstol alzó la vista y vio a este hermano acercarse a su celda. El visitante podría haberse limitado a esta única visita, reconfortado por haber cumplido con las obligaciones de la amistad. Pero cuando insistió en realizar varias visitas, fue una clara prueba para Pablo de que "no se avergonzó de mis cadenas".

Pablo valoraba profundamente las visitas del valiente hermano, y con frecuencia se sentía reconfortado por ellas. Este es el único uso del verbo "reconfortar" en el Nuevo Testamento. Transmitía la imagen de una brisa fresca y revitalizante que se cernía sobre alguien que estaba al borde del desmayo. El juicio y el encarcelamiento de Pablo lo habían dejado físicamente agotado, y estaba abatido por la soledad y el desánimo cuando Onesíforo acudió a él con su ministerio de consuelo.

Quizás el visitante trajo comida, bebida y ropa —pero el don de la comunión Cristiana fue lo que más valoró. Pablo se sintió reconfortado por la presencia vigorizante de alguien que demostró la valentía de preocuparse. En el transcurso de estas frecuentes visitas, el cansado apóstol se reanimó. El ambiente opresivo de una prisión solitaria dio paso a la brisa refrescante de una renovada comunión. El visitante de Éfeso, a un considerable costo personal, había ejercido fielmente el ministerio de refrescar.

Aunque nuestras circunstancias sean diferentes, podemos estar seguros de que este tipo de servicio en la adversidad es tan esencial hoy como lo fue en el primer siglo. A diario nos encontramos con quienes necesitan una voz amiga y una mano consoladora. En cada una de nuestras vidas llegan personas atravesadas, a punto de desfallecer por las cargas y aflicciones de la vida. ¿Nos avergüenza compartir su sufrimiento? ¿O las buscamos diligentemente?

Como siervos de Cristo, seamos fieles al ministerio del consuelo. "Consolar" a alguien más en los momentos más difíciles de la vida es uno de los ministerios más cruciales a los que estamos llamados. También podríamos descubrir que saldremos de la experiencia igualmente refrescados.

William Cowper luchó contra una enfermedad mental durante todo el año de 1773, pero la conciencia de que Dios sabía y comprendía la carga que llevaba lo impulsó a escribir estas famosas líneas:

Dios se mueve de manera misteriosa,
Para realizar Sus maravillas;
Planta Sus pasos en el mar,
Y cabalga sobre la tormenta.

En lo profundo de minas insondables,
de habilidad inagotable,
Atesora Sus brillantes designios,
Y obra Su bondadosa voluntad.

Vosotros, santos temerosos, reanímense,
Las nubes que tanto temen,
Están llenas de misericordia, y se derramarán
En bendiciones sobre vuestras cabezas.

Siervos valientes como Onesíforo confían en que son guiados día a día hacia un futuro cada vez más amplio. Cuando la ciudad de Dotán

fue rodeada por el ejército Sirio para capturar a Eliseo, el siervo del profeta se desesperó, pero Eliseo oró para que sus ojos se abrieran. Entonces vio en las montañas los caballos y carros de Dios (2 Rey.6:17). Esta es la esperanza que llega a los siervos de Cristo. Ven a los aliados invisibles del espíritu humano, y el futuro brilla con promesas.

Él es nuestro Ayudante en medio del Diluvio

Pero ¿Qué haces cuando tu fe más profunda se ve turbada y el rostro de Dios se ve nublado? ¿Adónde recurrés cuando sabes en tu interior que te falta el valor para enfrentar las condiciones adversas que te rodean? Cuando el escritor a los Cristianos Hebreos quiso tranquilizar y fortalecer a sus oyentes, ofreció este consejo: “acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengámonos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándodos; y tanto más, cuando veis que aquel día se acerca” (Heb.10:22-25).

Este consejo práctico tiene tres partes. Cuando tu fe se tambalee, debes: (1) Acercarte a Dios; (2) aferrarte a la fe que ya has confesado; y (3) Considerar cómo compartir tu fe con los demás. En otras palabras, cuando tu fe se tambalee, debes alimentarla, afirmarla y compartirla.

La primera parte de este consejo es crucial. La fe solo puede reavivarse cuando entra en contacto con su Fuente.

“Acercaos a Dios, y él se acercará a ustedes” (Stg.4:8) es la amable exhortación de Santiago a quienes su fe flauea. El escritor Hebreo nos da la razón de este consejo: “porque fiel es el que prometió”. En caso de duda, acérquense a Dios.

Semejante era la convicción de Martín Lutero en la primavera y el verano de 1530, mientras paseaba inquieto alrededor de la imponente fortaleza de Coburgo. La oposición a su movimiento reformista aumentaba por todas partes. Tanto el papa como el emperador habían intensificado sus antagonismos contra todos los que apoyaban los principios de este movimiento. Mientras esperaba noticias sobre el proceso contra él en Augsburgo, Lutero se acercó a Dios y desahogó todas sus ansiedades y temores. A raíz de esta experiencia, Lutero escribió este gran himno:

Nuestro Dios es una fortaleza poderosa,
Un baluarte que nunca falla;
Él nos ayuda en medio del diluvio de males
mortales que prevalecen;
Porque nuestro antiguo enemigo
Todavía busca causarnos dolor;
Su astucia y poder son grandiosos,
Y, armado con cruel odio,
En la tierra no hay igual.

Si confiáramos en nuestra propia fuerza,
Nuestro esfuerzo sería en vano,
Si no tuviéramos al hombre adecuado,
El hombre elegido por Dios.
¿Te preguntas quién puede ser?
¡Cristo Jesús, es Él! Señor Sabaoth, Su nombre,
De siglo en siglo, Él es el mismo,
y Él debe ganar la batalla.

Un predicador Escocés llamado George Matheson comprendió profundamente cuán suficiente es la fuerza de Dios en tiempos difíciles. Aquejado desde la infancia por una visión extremadamente deficiente (quedó casi

completamente ciego a los 18 años), completó su formación para el ministerio en la Universidad de Glasgow y fue asignado a la Iglesia parroquial de Inellan. En el decimoséptimo año de su ministerio en Inellan, Matheson escribió el himno por el que es más conocido:

Amor que no me deja ir,
En Ti descanso mi alma cansada;
Te devuelvo la vida que te debo,
Para que en las profundidades de Tu Océano
Sea más rica y plena.

Luz que sigue en todo mi camino,
Te entrego mi antorcha vacilante;
Mi corazón devuelve su rayo prestado,
Para que en el resplandor de Tu sol su día
Sea más brillante y hermoso.

Alegría que me alisas en el dolor,
No puedo cerrar mi corazón a Ti;
Sigo el arcoíris a través de la lluvia,
Y siento que la promesa no es vana,
Que la mañana será sin lágrimas.

Se han hecho muchas conjeturas sobre la causa de la angustia mental que impulsó a Matheson a escribir estas palabras. Debido al interés de tanta gente por el himno, el autor finalmente explicó cómo se escribió el texto:

“Mi himno fue compuesto en la casa parroquial de Inellan la noche del 6 de Junio de 1882. En ese momento me encontraba solo. Era el día de la boda de mi hermana, y el resto de mi familia se alojaba en Glasgow. Me había sucedido algo que solo yo sabía y que me causó un sufrimiento mental tremendo. Fue el trabajo más rápido que he hecho en mi vida. Tenía la impresión de que me lo dictaba una voz interior más que de haberlo elaborado yo mismo. Estoy seguro de que todo el trabajo se completó en cinco minutos, y también de que nunca

recibió retoques ni correcciones por mi parte”

Este himno triunfal, escrito desde el “más severo sufrimiento mental”, ha brindado consuelo y fortaleza a los Cristianos durante más de un siglo. Tan ciertamente como el mundo nos opprime, tan ciertamente como las preguntas surgen y nos inquietan, tan ciertamente como la duda nos asalta, tan ciertamente debemos acercarnos más a Dios.

Ésta bien, ésta bien con mi Alma

Aunque creció en la pobreza y la oscuridad, Henry Francis Lyte siempre creyó que algún día escribiría algo inmortal. En el Colegio Trinity de Dublín, completó su formación para el ministerio y perfeccionó su talento poético. Durante tres años consecutivos recibió el premio del rector de poesía Inglesa.

Lyte se mudó al pueblo pesquero de Brixham en 1823. Este fue el comienzo de un ministerio productivo de 24 años, interrumpido por su prematura muerte en 1847. Brixham era un pintoresco pueblo costero de Inglaterra con una población de aproximadamente 4, 000 habitantes. Henry Lyte estaba convencido de que Dios lo había guiado hasta allí y se entregó de lleno a este nuevo y desafiante ministerio. Organizó una escuela dominical de 800 alumnos y formó personalmente a los 70 profesores que impartían clases en la escuela. Pronto se convirtió en una fuerza para el bien y una persona muy querida. Lyte fundó una escuela Bíblica para pescadores y se aseguró de que todos los barcos que zarpaban de Brixham llevaran una Biblia a bordo. Incluso compiló un libro especial de himnos y oraciones para que los marineros lo usaran en el mar.

Tras 24 años de trabajo en Brixham, Henry Lyte enfermó gravemente de tuberculosis a principios del verano de 1847. Fue un día triste cuando tuvo que dejar el púlpito; los habitantes del pueblo temían no volver a oírlo predicar. Pero el primer fin de semana de Septiembre, el ministro de 54 años se recuperó. Anunció a su familia que se sentía lo suficientemente bien como para predicar un sermón de despedida a su feligresía el Domingo siguiente.

La noticia se extendió rápidamente y la Iglesia se llenó a rebosar. La fecha histórica fue el Domingo 5 de Septiembre de 1847. A lo largo de los años han circulado varias historias contradictorias sobre lo sucedido esa tarde y noche, pero el relato más probable se publicó en *The British Weekly*:

Charles Potter, jardinero de la casa parroquial "Berry Head" desde su juventud hasta su vejez, afirma que, después del té de aquel último Domingo, Lyte paseó por el jardín del valle frente a la casa y luego bajó a las rocas, donde se sentó a componer. Era un día precioso y soleado, y el sol se ponía sobre el lejano Dartmoor con un resplandor glorioso. A la izquierda se extendía el puerto de Brixham como un charco de oro fundido, con sus pintorescos barcos de pesca anclados. Tras la puesta del sol, Lyte regresó a su estudio. Su familia creía que estaba descansando, pero él estaba dando los últimos toques a su inmortal himno.

Mientras el predicador moribundo caminaba junto al mar por última vez, componía una oración mental. Sentado en las rocas al atardecer, la plasmó en papel. Esa noche, en la casa parroquial, rodeado de su familia, Henry Lyte leyó ocho estrofas que comenzaban así:

Quédate conmigo; cae rápidamente el anochecer;
La oscuridad se intensifica; ¡Señor, Quédate
conmigo!

Cuando otros ayudantes fallan y los consuelos
huyen,
Ayuda a los desamparados, ¡oh, Quédate conmigo!
Rápidamente, a punto de extinguirse, se desvanece
el pequeño día de la vida;
Las alegrías de la tierra se apagan, sus glorias se
desvanecen;
Veo cambio y decadencia por todas partes;
Tú, que no cambias, ¡Quédate conmigo!

Henry Lyte nunca volvió a predicar; falleció dos meses después, durante una visita a Niza, Francia. Cuando la noticia de su muerte llegó a Brixham, los pescadores que tanto lo amaban pidieron que se cantara "Quédate Conmigo" en su funeral.

Se han escrito muchos himnos de consuelo a lo largo de los siglos, pero quizás los versos que mejor describen el corazón y el alma del siervo Cristiano en la adversidad son los escritos por un empresario de Chicago llamado Horatio Gates Spafford.

Spafford planeó unas vacaciones familiares en Europa en 1873, pero a último momento tuvo que quedarse para atender algunos asuntos comerciales inesperados. Envió a su esposa y sus cuatro hijas a bordo del S.S. Ville du Havre, como estaba previsto. Temprano en la mañana del 22 de Noviembre, el S.S. Ville du Havre fue embestido por un velero Inglés de hierro, el Lochearn.

Tan solo 12 minutos después del impacto, el lujoso transatlántico Francés se hundió con todos a bordo. Maggie, Tanetta, Annie y Bessie, las cuatro hijas de Spafford, se encontraban entre las 226 personas que perdieron la vida esa noche. Nueve días después, cuando los supervivientes desembarcaron en Cardiff, Gales, la Sra. Spafford envió un cable a su esposo con estas dos palabras: "Salvado solo".

En cuanto pudo, Horatio Spafford reservó un pasaje a Europa para reunirse con su esposa. Durante el viaje a través del Atlántico, el capitán llamó a Spafford a su camarote privado y le dijo: "Hemos hecho un cálculo cuidadoso y creo que ahora pasamos por el lugar donde naufragó el Ville du Havre".

El afligido padre atravesaba el "valle de la sombra de la muerte", pero su fe se impuso triunfante y firme. Esa noche en alta mar, cerca del lugar donde perecieron sus hijas, escribió el himno que daría consuelo y fuerza a tantos:

"Cuando la paz, como un río, acompaña mi camino,
Cuando las penas, como olas del mar, se desbordan;
Sea cual sea mi destino, me has enseñado a decir:
"Todo está bien, todo está bien en mi alma".

De este modo llegamos finalmente a estas palabras de Pablo: "nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba, y la prueba, esperanza y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom.5:3-5). Con ese conocimiento nos fortalecemos, seremos más fuertes que las tormentas que nos azotan. Aunque nuestros corazones latan con fuerza, nos enfrentaremos a la adversidad y la usaremos como quienes tienen una fe profunda y firme en Dios.

**– Fuente: Called To Be Servants,
1984 Abilene Christian University Lectures,
Páginas 10-27.**

Abilene Christian University, Abilene, TX.



Jerry Rushford

Nació 1942. Ha predicado para las Iglesia de Cristo. Ha sido un historiador y compositor de himnos para ser copilados en libros de canto en alabanza. Escribió en 2001 el volumen: *Christians on the Oregon Trail*. Relatando la presencia de Cristianos de 1842-1882. Contribuyó para el volumen histórico *The Stone-Campbell Movement* (2002). Además de escribir biografías *Forever Young* (1999) relatando la vida y predicación de M. Norval Young.

Ha sido un profesor de historia y religión en la Universidad Pepperdine en California. Fue un predicador en Hazel Park, Michigan (1968-71), y Rochester, MI. (1971-71), en Santa Barbara, CA. (1972-78) y Malibu, CA. (1978-81).

Editor de varios periódicos como *Pacific Church News*, *Restoration Quarterly* y *20 th Century Christian*.